



PEDRO DAMASCENO

Por Norma Novoa

La palabra de Dios –dice san Máximo- no es multiplicidad de palabras. Es más, cuando todos nosotros los hombres decimos tantas cosas, no cumplimos la única palabra de Dios. Por ejemplo, Dios ha dicho “*Amarás al Señor, tu Dios, con toda tu alma*” ¿Cuántas cosas se han dicho y escrito, y sin embargo no se ha cumplido todavía esta única palabra? La expresión con toda el alma, dice al respecto el gran Basilio, significa que no es necesario amar absolutamente nada más junto a Dios. Puesto que si alguno ama su propia alma, no ama a Dios con toda el alma, sino a medias; si nos amamos a nosotros mismos y a un sinfín de cosas, ¿cómo podemos amar a Dios y cómo osamos afirmar que lo amamos? Otro tanto sucede con el amor al prójimo. Si no rechazamos la vida pasajera –e incluso tal vez la futura- por el prójimo, como Moisés, ¿cómo decir que lo amamos? Moisés, en efecto, ha dicho a Dios respecto del pueblo: “*Si quieres perdonarle sus culpas, perdónaselas; mas, si no quieres, bórrame a mí también del libro de la vida que*

has escrito” En efecto, solicitaba su propia perdición por salvar a los otros, y éstos eran los que querían matarlo.

Tales son las almas de los santos. Aman a sus enemigos más que a sí mismos, aunque se trate de enemigos que les deseen el mal. Ellos no buscan recompensas de parte de los que aman pero, como si la recibieran, se alegran al dar a los demás todo lo que es de ellos para ser agradables al Benefactor e imitar, dentro de lo que es posible, su amor por los hombres: puesto que Él es bueno con los ingratos y pecadores.

Dar la propia alma por el bien del prójimo y cosas similares son dones de Dios, entregados a los que se han propuesto recibirlos de Él mediante el cuidado en el trabajo y en la guarda. Puesto que nosotros no poseemos nada bueno que sea nuestro, sino que todo bien nos ha sido dado por Dios mediante su gracia.

Es Dios quien, en su amor por los hombres, nos gobierna de una manera tan admirable, a fin de que uno se vuelva perfecto de alguna manera, incluso si no lo quiere, aun teniendo en sí mismo esa posibilidad. San Isaac dice que Dios ha multiplicado las tentaciones para que asustados de éstas, nos refugiemos en Él.

El gran Basilio dice que Dios, siendo bueno, quiere hacer el bien a todos. Así como los padres amantes de sus hijos, llevados por el afecto, los apartan con amenazas de lo que no deben

hacer, también Dios permite las tentaciones, como una vara que aparta a los que lo merecen de las malas intenciones del diablo.

No es mera palabrería la repetición frecuente de la Sagrada Escritura

La Sagrada Escritura contiene muchas veces la misma expresión, pero esto no es palabrería insustancial, sino que está hecho para inducir con el recuerdo frecuente –de modo maravilloso y amoroso- incluso a los más negligentes en escuchar la palabra, en recordar y comprender lo que ella dice. Así, la palabra no se apartará de los oídos por la rapidez y la brevedad de alguna expresión, sobre todo cuando estemos imbuidos de las cosas de esta vida, nosotros que no conocemos más que en parte, parcialmente. Y lo que es parcial será anulado, no para reducirse a la nada, porque de otro modo no tendríamos el conocimiento ni seríamos hombres, sino que será anulado todo lo que es parcial, para dejar lugar a la visión cara a cara, como la edad infantil deja lugar a la madurez. Como dice Crisóstomo, ahora sabemos que hay un cielo, pero no sabemos cómo es. Entonces lo que es inferior será anulado por lo que es mayor, es decir, por el hecho de que conocemos lo que es, de modo se acrecienta el conocimiento. Hay muchos misterios escondidos

en las Sagradas Escrituras, y nosotros no conocemos la intención de Dios en lo que está dicho.

En resumen, toda Escritura y cada palabra de Dios –o de algún santo- llevan en sí escondido un sentido relativo a criaturas sensibles o inteligibles. Pero esto es verdad también para cada palabra humana. Nadie conoce el sentido de una expresión cualquiera si no es por revelación. Como dice el Señor: “*El viento sopla donde quiere*” (Juan 3,8)... ¿Cómo puede uno atreverse a decir que conoce la intención de Dios escondida en las Sagradas Escrituras, sin la revelación misma del Señor? Siempre que, se supone, esté dispuesto a recibirlo de Él espiritualmente, mediante el cumplimiento de su Divino Mandamiento: “*Amarás al Señor, tu Dios, con toda tu alma*”. (Pedro Damasceno)

*Por la Prof. Norma Novoa
Miembro del Colegio de Profesores de la Fundación Hastinapura*
